

XII

● Detrás de la pared, a algunos pasos de allí, hallábase Albina sentada sobre una alfombra de hierba. Al divisar a Sergio, se levantó.

—¡Ya estás aquí!— exclamó con tembloroso acento.

—Sí—dijo él apaciblemente,—he venido.

Albina se le echó al cuello, pero no le besó. Había sentido el frío del alzacuello sobre su desnudo brazo. Examinábale ya inquieta, reponiendo:

—¿Qué tienes? No me has besado en las mejillas, como en otro tiempo, ya sabes, cuando tus labios cantaban... ¡Bah! si no te sientes bueno, te volveré a curar. Ahora, que te encuentras ya aquí, vamos a reanudar nuestra dicha. Se acabó la tristeza... Ya estás viendo que sonrío. Hay que sonreír, Sergio.

Mas como él se mantuviese serio:

—No dudes que también yo he tenido mucha pena. Estoy aún muy pálida ¿no es cierto? Hace diez días que vivo aquí, sobre la hierba, en donde me has encontrado. Tan sólo quería una cosa, el verte entrar por esa brecha de la pared. Al más pequeño rumor, me levantaba para salirte al encuentro. Y no eras tú, eran las hojas que se llevaba el viento... Mas, bien sabía yo que vendrías. Habría esperado años.

Después le preguntó:

—¿Me amas aún?

—Sí—le contestó,—te amo todavía.

Y permanecieron frente a frente, un tanto contrariados. Un gran silencio reinó entre ambos. Sergio, tranquilo, no intentaba romperlo. Albina, por dos veces, abrió la boca, mas cerróla en seguida, sorprendida de las cosas que le subían a los labios. Tan sólo le acudían palabras llenas de amargura y sentía que las lágrimas le humedecían los ojos. ¿Qué era lo que experimentaba, para no ser feliz, ahora que su amor estaba de vuelta?

—Escucha—dijo por fin,—aquí no podemos permanecer. Es ese agujero lo que nos hiela... Volvamos a nuestra casa. Dame la mano.

Y penetraron en el Paradou. El otoño se venía encima, los árboles aparecían tristes con sus amarillentas copas, que se despojaban hoja tras hoja. En las veredas veíase ya un lecho de verdura muerta, empapada de humedad, en donde las pisadas parecían ahogar suspiros. En el fondo de las praderas de césped, flotaba como una humareda, sumiendo en luto las azuladas lontananzas. Y el jardín entero se callaba, no exhalando ya sino hábitos melancólicos, que pasaban semejantes a escalofríos.

Sergio tiritaba bajo la avenida de grandes árboles que habían tomado. Dijo a media voz:

—¡Qué frío hace aquí!

—Tienes frío—murmuró tristemente Albina.—Mi mano ya no te calienta. ¿Quieres que te tape con un lado de mi vestido? Ven, vamos a hacer revivir todas nuestras caricias.

Llevóle al jardín. El bosque de rosas seguía exhalando sus aromas, mas las últimas flores despedían amargos perfumes y los follajes, desmesuradamente agrandados, cubrían la tierra con durmiente charca. Pero Sergio demostró tal repugnan-

cía al entrar en aquellos matorrales, que se quedaron a la orilla, buscando a lo lejos las avenidas por donde habían pasado la primavera. Albina recordaba los menores rincones; señalábale con el dedo la gruta en donde dormía la mujer de mármol, las cabelleras pendientes de las madre selvas y de las clemátidas, los campos de violetas, la fuente que escupía claveles rojos, la gran escalinata cubierta con una oleada de alelíes silvestres, la columnata en ruinas, en cuyo centro las azucenas levantaban un pabellón blanco. Allí era en donde ambos habían nacido, en el sol. Y refería los más minuciosos detalles de aquella jornada, el modo cómo andaban, la fragancia que el ambiente despedía a la sombra. El parecía escucharla, mas a una pregunta, probaba que no había comprendido. El ligero estremecimiento que le empalidecía, no le dejaba un instante.

Llevóle al vergel, al que ni siquiera se pudieron acercar. El río había engrosado y Sergio no pensaba ya en echarse a Albina a la espalda, para llevarla en tres saltos a la otra margen. Y sin embargo, en aquel lado, los manzanos y los perales estaban todavía cargados de fruto; las vides, con ya escasas hojas, se doblegaban bajo dorados racimos, cada uno de cuyos granos conservaba la roja mancha del sol. ¡Cómo habían jugueteado a la seductora sombra de aquellos árboles venerables! Eran entonces unos pilletes.

Albina sonreíase todavía al recuerdo de la descarada manera como enseñaba las piernas, cuando se quebraban las ramas. ¿No recordaba siquiera las ciruelas que se habían comido? Sergio contestaba con movimientos de cabeza. Parecía ya cansado. El vergel, con su hondonada verdosa, en mezcolanza de musgosos tallos, semejante a algún andamiaje desvencijado y en ruinas, le inquietaba, produciéndole el ensueño de un paraje húmedo, poblado de ortigas y de serpientes.

Le condujo a las praderas. Allí Sergio tuvo que

andar algunos pasos por entre las hierbas. Ahora le llegaban a los hombros; parecíanle otros tantos delgados brazos que trataban de atarle los miembros para arrojarlo al suelo y ahogarlo en el fondo de aquella mar verde, interminable. Suplicó a Albina que no se alejasen más; Ella iba delante y no se detuvo; después, viendo que sufría, se mantuvo en pie a su lado, entenebreciéndose poco a poco y concluyendo por ser pasto de escalofríos como él. No obstante, continuó hablando. Con prolongado gesto, indicóle los arroyuelos, las hileras de sauces, las extensiones de hierba ostentadas hasta el confín del horizonte. Todo aquello les pertenecía en otro tiempo, y allí vivían días enteros. Allá abajo, entre aquellos tres sauces, a orillas de aquella agua, habían jugado a los enamorados. Entonces habrían querido que las hierbas fuesen más altas que ellos, a fin de perderse en su moviente oleada, de estar más solos, de hallarse lejos de todo, como las alondras viajando en plenos trigales. ¿Por qué temblaba en esta ocasión, tan sólo con sentir la punta del pie humedecerse y desaparecer en el césped?...

Llevóle al bosque, y los árboles espantaron a Sergio todavía más. No les conocía, con aquella gravedad de sus negros troncos. Más que en cualquier otro sitio, el pasado le parecía muerto, en medio de aquellas severas enramadas, a donde la claridad descendía libremente. Las primeras lluvias habían borrado las huellas de sus pasos en la arena de las avenidas. Los vientos se llevaban todo lo que de ellos quedaba en las bajas ramas de los matorrales. Pero Albina, con el pecho oprimido de tristeza, protestaba con la vista. Daba sobre la arena con los menores rastros de sus paseos. A cada matojo, la antigua tibieza del roce que habían dejado allí, le ascendía al rostro. Y con suplicantes ojos, procuraba todavía evocar los recuerdos de Sergio. A lo largo de aquel sendero, habían caminado en silencio, muy conmovidos, sin atreverse

a decirse que se amaban. En el claro aquél, habíanse olvidado una tarde, hasta ya entrada la noche, para contemplar las estrellas que llovían sobre ellos como gotas de calor. Más allá, bajo aquella encina, habían cambiado su primer beso. La encina conservaba el aroma de aquel beso; hasta los musgos hablaban siempre de él. Era una patraña el asegurar que la selva se quedaba muda y vacía. Y Sergio volvía la cabeza, para evitar encontrarse los ojos de Albina, que le fatigaban.

Llevóle a los grandes peñascales. Tal vez allí no se estremecería ya con aquel aspecto de debilidad que la desesperaba. En aquella hora, tan sólo las grandes rocas aparecían todavía calientes con la roja brasa del poniente sol. Mantenían siempre su pasión trágica, sus ardientes lechos de pedruzcos, en que se revolcaban grasas plantas, monstruosamente apareadas. Y sin hablar, sin volver siquiera la cabeza, Albina arrastraba a Sergio costeando la agria subida, queriendo llevarle más arriba, más arriba aún, más allá de los manantiales hasta que ambos volvieran a verse bajo el sol. Encontrarían el cedro bajo el cual habían experimentado la angustia del primer deseo. Se tenderían en el suelo, sobre las ardientes peñas, en la espera de que el celo de la tierra de ellos se apoderara. Mas pronto los pies de Sergio tropezaron cruelmente; no podía seguir andando. Por la primera vez, cayó de rodillas; Albina, con supremo esfuerzo, le levantó y le llevó un instante. Después volvió a caer abatido, en medio del camino. Frontero a él, y a sus pies, el Paradou inmenso se extendía.

—Has mentido—exclamó Albina.—¡Y ya no me amas!

Y lloraba, en pie, a su lado, sintiéndose impotente para llevarle más allá. No se sentía encolezada aún; lloraba sus agonizantes amores. El, por su parte, permanecía aplastado.

—El jardín está muerto, siempre siento frío—murmuró.

Mas ella le cogió la cabeza y le señaló el Paradou con un ademán:

—¡Mira, pues!... ¡Ah! tus ojos son los que están muertos, son tus oídos, tus miembros, tu cuerpo entero. Has atravesado por todas nuestras alegrías, sin verlas, sin oirlas, sin llegarlas a sentir. Y no has hecho más que tropezar, has venido a caer aquí de desfallecimiento y de fastidio... ¡No me amas ya!

Y él protestaba con dulzura, con tranquilidad. Entonces se desató la joven con la primer violencia.

—¡Cállate! ¿Acaso el jardín morirá nunca? Dormirá durante este invierno; despertará en Mayo y nos devolverá cuanto le hemos confiado de nuestros amores; nuestros besos renacerán en el jardín, nuestros juramentos rebrotarán con las hierbas y con los árboles... Si lo vieras, si lo oyeras... Se siente más intensamente conmovido, ama con más punzante dulzura, en esta estación otoñal, cuando se duerme en su fecundidad... Tú ya no me amas y ya no puedes saber.

Sergio alzaba hacia ella los ojos y le suplicaba que no se enfadase. Su adelgazado semblante palidecía con miedo de niño. Una voz un poco alta le hacía estremecerse. Acabó por conseguir de ella que descansase un instante, a su lado, en mitad del camino. Hablaron con toda apacibilidad y se explicaron. Y ambos, en frente del Paradou, sin cogerse siquiera con las yemas de los dedos, hablaron de su amor.

—Te amo, te amo—le dijo Sergio con voz suave.—Si no te amara, no habría venido... Es verdad que me siento desfallecido. Ignoro el por qué. Habría querido encontrar aquí aquel halagüeño calor, cuyo solo recuerdo era una caricia. Y tengo frío, el jardín me parece negro, no veo en él nada de lo que había dejado. Pero la culpa no es mía; me esfuerzo en ser como tú; querría contentarte.

—Ya no me amas—seguía repitiendo Albina.

—Sí, te amo. Sufrí mucho el otro día, después de haberte despedido... ¡Oh! te amaba con vehemencia tal, que te habría destrozado en un abrazo si hubieses vuelto a arrojarte a mi cuello. Jamás llegué a desearte con más furioso ardor. Durante muchas horas quedaste viva en mi presencia, atañazándome con tus flexibles dedos. Cuando cerraba los ojos, tu te iluminabas como un sol y me envolvías en tu llama. Entonces he pasado por encima de todo, y he venido.

Guardó un instante de silencio, meditabundo; después continuó:

—Y ahora mis brazos se sienten como destrozados. Si quisiese estrecharte contra mi seno, no podría mantenerte en él, te dejaría caer... Espera a que este escalofrío me haya pasado; me darás las manos, las volveré a besar. Sé buena, no me mires con tus irritados ojos. Ayúdame a volverme el corazón.

Y demostraba tan verdadera tristeza, tan evidente anhelo de dar nuevo principio a su vida de amor, que Albina se sintió conmovida. Por un instante pareció dulcificar sus sentimientos, y le preguntó con todo interés:

—¿Qué te aqueja? ¿En dónde tienes el mal?

—No sé. Parece que toda la sangre de mis venas desaparece... Hace un momento, al venir, creí que se me echaba a los hombros un vestido helado, que se me pegaba a la carne y que, de la cabeza a los pies, me formaba como un cuerpo de piedra. Ya he sentido en otra ocasión esta túnica sobre mis hombros... No me acuerdo ya.

Mas ella le interrumpió con amistosa risa:

—Eres un niño. Habrás cogido un constipado, y asunto concluido... Escucha, ¿por lo menos no soy yo quien te causo miedo? Durante el invierno, no permaneceremos en medio de este jardín, como dos salvajes. Iremos a donde mejor te plazca, a alguna gran ciudad. Nos amaremos en me-

dio del mundo, tan tranquilamente como entre los árboles. Y ya verás como no soy ninguna holgazana, que no sabe sino coger nidos y andar horas y horas sin llegar a cansarse... Cuando yo era pequeña, llevaba sayas bordadas, con medias caladas, camisolines y falbalaes. Quizás nadie te ha contado todo esto.

Sergio no la escuchaba y dijo de súbito, exhalando un ligero grito:

—¡Ah! ¡Me acuerdo!

Y cuando Albina le hizo preguntas, no quiso contestarle. Acababa de acordarse de la sensación que experimentó en sus hombros, en la capilla del seminario. Aquella era la helada túnica que le formaba un cuerpo de piedra. Entonces se sintió invenciblemente asido por su pasado de sacerdote. Los indecisos recuerdos que se habían despertado en su imaginación a lo largo del camino, de los Artaud al Paradou, se abultaron y dominaron con soberana autoridad. En tanto que Albina continuaba hablándole de la vida feliz que gozarían juntos, llegaban a sus oídos los toques de campanilla por la elevación de la Hostia, veía las custodias tragando cruces de fuego sobre las muchedumbres arrodilladas.

—Pues bien—dijo Albina,—por agradarte, volveré a ponerme mis sayas bordadas... Quiero que estés alegre. Buscaremos lo que te pueda distraer. Tal vez me amarás más todavía cuando me veas hermosa, engalanada como las damas. No volveré a ponerme la peineta torcida, con los cabellos a la espalda. No me arremangaré más las mangas hasta los codos. Me abrocharé bien el corpiño para no enseñar más los hombros. Y también sé saludar y sé andar por modo grave, con pequeños balanceos de cabeza. Vamos, seré una linda mujer, cuando vaya del brazo tuyo por las calles.

—¿Has entrado alguna vez en las iglesias cuando eras pequeña?—le preguntó Sergio a media voz, como si a pesar suyo, hubiese continuado ha-

blando alto el ensueño que le impedía escuchar.— En cuanto a mí, yo no era dueño de pasar por delante de una iglesia, sin entrar. Tan luego como la puerta caía silenciosa tras de mí, parecía que me hallaba en el paraíso, con voces de angel que me contaban al oído dulces historias, con el aliento de los santos, cuya caricia parecíame sentir por todo el cuerpo... Sí, habría querido vivir allí siempre, perdido en el fondo de aquella bienandanza.

Albina le contempló con los ojos fijos, mientras que una ligera llama se encendía en la ternura de su mirada. Y repuso, sumisa aún:

—Yo seré la que mejor cuadre a tus caprichos. En otro tiempo me dedicaba a la música; era una señorita instruída, a quien se educaba para todos los encantos... Volveré a la escuela y volveré a dedicarme a la música. Si deseas oirme entonar alguna canción que sea de tu agrado, no tienes más que indicármela, y la aprenderé durante meses, para hacértela oír una noche, en nuestro hogar, en una habitación muy cerrada, a la que hayamos corrido todos los cortinajes. Y tú me recompensarás con un solo beso... ¿Lo quieres? Un beso en los labios que te devolverá el amor. Tú me cogerás y podrás destrozarme entre tus brazos.

—Sí, sí—murmuró Sergio, respondiendo tan solo a sus propias imaginaciones,—mis grandes placeres se cifraron en un principio en encender los cirios, en preparar las vinajeras, en llevar el misal, con las manos cruzadas. Más adelante saboreé la lenta aproximación del Señor y creí morir de amor... No tengo otros recuerdos. Nada sé. Cuando alzo la mano es para echar una bendición. Cuando adelanto los labios es para un beso dado al altar. Si busco mi corazón, no vuelvo a encontrarle: lo he ofrecido a Dios, quien con él se ha quedado.

Albina, con los ojos encendidos, se quedó muy pálida. Y prosiguió con un temblor en su acento:

—Y yo quiero que mi hija no se aparte de mí

jamás. Tú podrás, si lo juzgas conveniente, enviar el niño al colegio. Pero mi linda rubita estará siempre cosida a mis faldas. Yo seré quien la enseñará a leer. ¡Oh! yo me acordaré, tomaré maestros, si he olvidado lo que sabía... Viviremos con nuestro pequeño mundo entre las piernas. Y serás feliz, ¿verdad? Contesta, dime que sentirás calor, que sonreirás y que nada echarás de menos...

—He pensado a menudo en los santos de piedra a quienes se incensa desde hace siglos, en el fondo de sus nichos—dijo el padre Mouret con voz queda.—Con el andar de los tiempos, deben de hallarse bañados de incienso hasta las entrañas... Y, en cuanto a mí, yo soy como uno de esos santos. Tengo incienso hasta en el último pliegue de mis órganos. Es un embalsamiento que produce mi serenidad, la muerte tranquila de mi carne, la paz que disfruto al no vivir... ¡Ah! ¡Que nadie me sustraiga a mi inmovilidad! Permaneceré frío, rígido, con la sonrisa sin fin de mis labios de granito, impotente para bajar entre los hombres. Este es mi único deseo.

Albina se levantó exasperada, amenazadora. Sacudióle con fuerza, gritando:

—¿Qué es lo que dices? ¿Qué estás soñando ahí en alta voz? ¿No soy tu mujer? ¿No has venido para ser mi esposo?

Sergio, temblando cada vez más, retrocedía.

—No, déjame, tengo miedo—balbuceaba.

—¿Y nuestra vida común? ¿Y nuestra felicidad y nuestros hijos?

—No, no, tengo miedo.

Y luego lanzó este supremo grito:

—¡No puedo, no puedo!

Entonces, durante un momento, quedóse muda, en presencia del sin ventura, que tiritaba a sus pies. Una llamarada parecía salir de su rostro. Había abierto los brazos, como para recogerlo, para estrecharlo contra su corazón, en un enfurecido

arranque de deseo. Mas pareció reflexionar; asíóle tan sólo de la mano y lo puso en pie.

—Ven—le dijo.

Y lo condujo bajo el árbol gigante, al mismo sitio en que se había entregado y en donde él la había poseído. Era la misma sombra de felicidad, el mismo tronco que respiraba como un seno, las mismas ramas que se extendían a lo lejos, semejantes a miembros protectores.

El árbol permanecía vigoroso, robusto, potente, fecundo. Como en el día de sus bodas, una languidez de alcoba, una claridad de noche de estío, yendo a morir sobre los desnudos hombros de una enamorada, un baluceo de amor apenas distinto, cayendo súbitamente sobre un grande y mudo espasmo... se extendían en el claro bañado con limpidez verdosa. Y allá a lo lejos, el Paradou, a pesar del primer estremecimiento del otoño, encontraba, también él, sus cuchicheos ardorosos. Convertíase de nuevo en cómplice. Del jardín, del vergel, de las praderas, del bosque, de los grandes peñascos, del inmenso cielo, llegaba nuevamente una risa de voluptuosidad, un viento que sembraba a su paso una polvareda de fecundación. Nunca el jardín, en las más templadas noches de la primavera, había ofrecido ternuras tan profundas como en los hermosos últimos días, cuando las plantas se adormecían diciéndose adiós. El olor de los maduros gérmenes acarreaba una embriaguez de deseo, a través de las hojas más enrarecidas.

—¿Oyes? ¿Oyes?—baluceaba Albina al oído de Sergio, a quien había dejado caer sobre la hierba, al pie del árbol.

Sergio lloraba.

—Bien ves que el Paradou no está muerto. Nos grita que nos amemos; sigue queriendo nuestras bodas... ¡Oh! acuérdate. Llévame en los brazos. Seamos el uno del otro.

Sergio lloraba.

Albina ya no dijo nada. Abrazóle con vigoroso,

con feroz esfuerzo, y pegó sus labios a los de aquel cadáver, a fin de resucitarlo. Y Sergio proseguía derramando lágrimas.

Al cabo de un gran silencio, Albina habló. Hallábase de pie, despreciativa, resuelta.

—Vete—le dijo en voz queda.

Sergio se levantó haciendo un esfuerzo. Recogió el breviario que había rodado sobre la hierba, y se fué.

—¡Vete!—repetía Albina que iba en pos de él, echándole hacia adelante y alzando la voz.

Y empujóle por tal modo, de matojo en matojo, conduciéndole a la brecha, en medio de los severos árboles. Y allí, como Sergio titubease, inclinada la frente, le gritó con violencia.

—¡Vete, vete!

Luego, lentamente, entró en el Paradou, sin volver la cabeza. La noche se venía encima, y el jardín era ya tan sólo un gran ataúd de sombra.

XIII

El Hermano Archangias, despertado, en pie sobre la brecha, daba garrotazos sobre las piedras, blasfemando por modo abominable.

—¡Así el demonio les rompa las piernas! ¡Que los clave uno detrás del otro como los perros! ¡que les arrastre por los pies, con las narices en su inmundicia!

Mas cuando vió a Albina arrojar al sacerdote, se quedó un instante sorprendido. Y luego golpeó más fuerte, acometido de terrible risa.

—Adiós, grandísima picaña. ¡Buen viaje! Vuélvete a fornicar con los lobos... ¡Ah! a ti no te basta un santo; necesitas riñones más sólidos. ¿Quieres mi palo? Toma, acuéstate con él. Este es el buen mozo que te satisfará.

Y con toda su fuerza, arrojó el palo tras de Albina, en el crepúsculo. Luego, mirando al padre Mouret, gruñó:

—Ya sabía que estaba usted ahí dentro. Las piedras habían sido removidas... Escuche usted, señor cura, la culpa de usted ha hecho de mí su superior. Dios le dice por mi boca que el infierno no cuenta con tormentos bastante espantosos para los curas entregados a la carne. Si se digna perdonarle, será demasiado bueno y menoscabará su justicia.

A paso lento, ambos bajaron hacia los Artaud. El sacerdote no había abierto los labios. Poco a poco, alzaba la cabeza y no volvía a temblar. Cuando distinguió, a lo lejos, sobre el violado cielo, la negra silueta del Solitario, con la roja mancha de las tejas de la iglesia, sonrióse débilmente. De sus claros ojos, se desprendía gran serenidad.

Entretanto, el Hermano, de vez en cuando, daba un puntapié a un pedrusco; después se volvía y apostrofaba a su compañero:

—¿Se ha acabado ahora ya? Cuando tenía la edad de usted, era yo un verdadero energúmeno, un demonio se me comía los riñones. Y luego concluyó por aburrirse y por largarse. Ya no tengo riñones. Vivo tranquilo... ¡Oh! bien sabía yo que usted vendría. Hace tres semanas que le espío. Miraba al jardín por el agujero de la pared. Habría querido cortar los árboles. A menudo arrojaba piedras, y cuando tronchaba una rama, me daba por muy contento... Dígame usted, ¿es tan extraordinario lo que se disfruta allí dentro?

Había detenido al padre Mouret en mitad del camino, mirándole con relucientes ojos de terribles celos. Las delicias entrevistadas del Paradou le torturaban. Hacía semanas que se había quedado en el umbral, olfateando de lejos los goces dignos de condenación. Mas como el padre permaneciese mudo, reanudó su marcha, mofándose y gruñendo frases equívocas. Y alzando la voz prosiguió:

—Ya usted ve, cuando un sacerdote hace lo que usted ha hecho, escandaliza a todos los demás... ¡Mejor, tanto mejor!

Y se engrería y daba palmadas.. El padre no le escuchaba, perdido en un desvarío de la mente. Su sonrisa se había expansionado. Y cuando el Hermano le hubo dejado a la puerta del presbiterio, dió la vuelta y entró en la iglesia. Toda se hallaba gris, como en aquella terrible noche de aguacero, en que la tentación tan rudamente le había agitado. Mas permanecía pobre y recogida,

sin corrientes de oro, sin los alientos de agonía llegados de la campiña. Guardaba un silencio solemne. Sola, un hálito de misericordia parecía llenarla.

Arrodillado ante el gran Cristo de cartón pintado, llorando lágrimas que corrían por sus mejillas como otras tantas alegrías, el sacerdote murmuraba:

—Oh, Dios mío, no es cierto que carezcáis de piedad. Siéntolo en mí mismo, me habéis perdonado. Lo siento en vuestra gracia, que, desde hace horas, desciende en mí, gota a gota, trayéndome la salvación por modo lento y seguro... ¡Oh, mi Dios! en el momento en que os abandonaba, era cuando me protegíais con eficacia mayor. Os ocultábais de mí para mejor apartarme del mal. Dejábais que mi carne anduviere adelante, a fin de que tropezase contra su impotencia... Y ahora, ¡oh, Dios mío! veo que para siempre me habíais marcado con vuestro sello terrible, lleno de delicias, que pone a un hombre apartado de los hombres, y cuya huella es tan imborrable, que reaparece, tarde o temprano, hasta sobre los miembros culpables. Habéisme quebrantado en el pecado y en la tentación, me habéis exterminado con vuestra llama; habéis querido que ya no hubiese sino ruinas en mí, para descender con seguridad. Soy una casa vacía, en donde podéis habitar... ¡Bendito seáis, oh, mi Dios!

Se prosternaba y balbuceaba en el polvo. La iglesia salía victoriosa; permanecía en pie, por encima de la cabeza del sacerdote, con sus altares, su confesionario, su púlpito, sus cruces, sus imágenes santas. El mundo no existía ya. La tentación se había extinguido, como incendio en adelante inútil para la purificación de la carne. Entraba en la sobrehumana paz. Lanzaba este supremo grito:

—Fuera de la vida, fuera de las criaturas, fuera de todo, soy vuestro ¡oh, Señor! vuestro sólo, por toda una eternidad!

XIV

En aquella hora, Albina en el Paradou, rodaba todavía, arrastrando la muda agonía de la fiera herida. No lloraba ya; su rostro aparecía blanco y con la frente cruzada con una gran arruga. ¿Por qué padecía toda aquella muerte? ¿De qué falta resultaba culpable, porque, de repente, el jardín no le mantuviese las promesas que le tenía hechas desde la infancia? Y se interrogaba, yendo hacia adelante, sin fijarse en las avenidas en que la sombra se deslizaba poco a poco. Ella, sin embargo, había obedecido siempre a los árboles. No guardaba memoria de haber machacado una flor. Siempre había permanecido siendo la niña mimada de los verdores, escuchándolos sumisa, abandonándose a ellos, rebosante de fe en las bienandanzas que le reservaban. Cuando, en el último día, el Paradou le había gritado que se tendiese bajo el árbol gigante, habíase acostado, había abierto los brazos, repitiendo la lección inspirada por las hierbas. Entonces, si nada encontraba que reprochase, el jardín era quien la traicionaba, que la martirizaba, por el solo placer de verla sufrir.

Detúvose y miró a su alrededor. Las grandes y sombrías masas de los follajes guardaban recogido silencio; los senderos, a cuyos lados se alzaban paredes sombrías, convertíanse en tenebrosos callejones sin salida; los dilatados campos cubiertos de